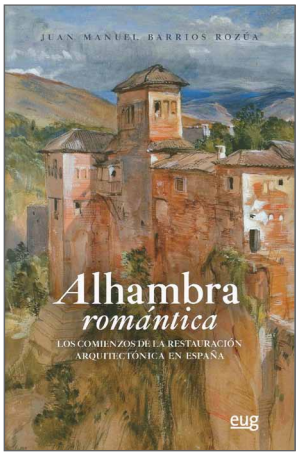
# Juan Manuel Barrios Rozúa
## *La Alhambra romántica*
## *Los comienzos de la restauración arquitectónica en España*
Editorial Universidad de Granada y Patronato de la Alhambra y Generalife, Granada, 2016, 456 págs.

Carlos Vílchez Vílchez




La Editorial Universidad de Granada y el Patronato de la Alhambra y Generalife han publicado en 2016 el libro «La Alhambra romántica. Los comienzos de la restauración arquitectónica en España», dentro de la Colección universitaria Arquitectura, Urbanismo y Restauración. Su autor es Juan Manuel Barrios Rozúa, Profesor Titular en la Escuela Superior de Arquitectura de la Universidad de Granada, y Doctor en Historia del Arte. Es bien conocida y valorada la labor del autor entre los especialistas en los estudios sobre Granada, la Alhambra y el patrimonio histórico y las transformaciones urbanas (*Reforma urbana y destrucción del patrimonio histórico de Granada. Ciudad y desamortización* (1998), *Guía de la Granada desaparecida* (1999), *Granada, historia urbana* (2002), *Iconoclastia, 1930-1936. La ciudad de Dios frente a la modernidad* (2007), *Granada napoleónica: ciudad, arquitectura y patrimonio* (2013)).

Esta magnífica obra se compone de una pequeña introducción, ocho capítulos, y apartados de conclusiones, notas, cronología de las intervenciones, bibliografía, y los índices de edificios y lugares y onomástico. Los planos, grabados y fotografías que utiliza son muy acertados, muchos ya conocidos, pero ha elegido una serie de ellos más singulares como los de William Gell (1801), de Dutailly & Daudet (1806), o de Lerebours & Salathé (hacia 1842).

Queremos comenzar destacando que una de las virtudes de este libro es que hace una profunda y seria revisión del comienzo de la restauración científica de la Alhambra en el siglo XIX, basándose en el análisis de una extensa documentación de archivo y bibliográfica. El periodo que estudia arranca de 1813, tras la retirada infausta de las tropas francesas de la Alhambra, hasta 1853.

Otra de las grandes virtudes que tiene este trabajo es que viene a completar la secuencia de los concienzudos estudios realizados hasta la fecha de las intervenciones arquitectónicas y restauradoras en la Alhambra en la Edad Moderna: Esther

Galera Mendoza (2014), *Arquitectos y maestros de obras en la Alhambra (siglos XVI-XVIII: artífices de cantería, albañilería, yesería y forja;* Juan Manuel Barrios Rozúa (2016), *La Alhambra romántica. Los comienzos de la restauración arquitectónica en España;* José Manuel Rodríguez Domingo (1996), *La restauración de monumental de la Alhambra. De Real Sitio a Monumento Nacional (1827-1907)*; Ángel Isac Martínez de Carvajal (1986), *La Alhambra restaurada: de Contreras al Manifiesto de 1953;* José Álvarez Lopera (1977), *La Alhambra entre la conservación y la restauración (1905-1915)*; Carlos Vílchez Vílchez (1988), *La Alhambra de Leopoldo Torres Balbás. (Obras de restauración y conservación. 1923-1936);* Aroa Romero Gallardo (2014), *Prieto-Moreno, arquitecto conservador de la Alhambra (1936-1978). Razón y sentimiento.*

Comienza el libro con las Abreviaturas de los numerosos archivos, bibliotecas y museos que ha consultado el profesor Barrios Rozúa para su elaboración teórica.

La Introducción es un acercamiento que hace al propio autor al lector para que tenga una fácil comprensión de su estudio sobre la Alhambra en el periodo romántico como terreno de experimentación pionero en la restauración arquitectónica.

El Capítulo 1 trata sobre la Gestión de un Sitio Real, como así considerada administrativamente la Alhambra en ese momento. Hace una valoración negativa de la ocupación francesa por la destrucción de gran parte de la muralla meridional de la medina, aunque hicieron alguna reparación en la Casa Real. Tras la retirada francesa y la vuelta de Fernando VII la actuación de la mayoría de los gobernadores militares fue nefasta, por problemas de abandono y corrupción. Destaca por su labor positiva al gobernador Francisco de Sales Serna en su primera etapa de 1827-1835, ya que consigue que el Sitio Real empiece a restaurarse. A partir de 1836 el Gobierno Liberal Progresista, en la Regencia de M.ª Cristina en nombre de su hija Isabel II, irá quitando la administración de la Alhambra al estamento militar. De 1846 a 1854 vuelve como gobernador Francisco de Sales Serna, aunque en 1848 la Alhambra deja de ser una fortaleza militar para pasar a la jurisdicción ordinaria.

En los siguientes seis capítulos encontramos un análisis exhaustivo de todas las intervenciones que se hicieron en distintos sectores de la Alhambra en este periodo.

En el Capítulo 2, el más extenso, hace un repaso pormenorizado en el Palacio Árabe. Después de la ocupación francesa es nombrado gobernador el corrupto coronel Ignacio Montilla, y a la muerte del maestro de obras Thomás López Maño lo sustituye por José de Salas en 1819. Para complicar el asunto una serie de terremotos producidos en 1822 incidieron en la ruina del Real Sitio. Por ejemplo en la torre de Comares se reponen las yeserías que se habían caído, pero por ignorancia de la lengua árabe se colocan bocabajo. Por todo ello afirma con rotundidad el profesor Barrios Rozúa que podemos considerar la etapa que va de la ocupación francesa a 1827 «la más nefasta de la historia contemporánea de la Alhambra».

Por suerte la entrada del coronel Francisco de Sales Serna como gobernador en 1827 va a salvar en parte la situación porque insiste ante el Real Patrimonio en Madrid y consigue presupuesto para reparaciones y que una brigada de prisioneros militares actúen como peones de obra bajo la supervisión de José de Salas, y en 1828 como obra más destacada arreglan los problemas más acuciantes, sobre todo el arreglo de tejados de la Casa Real y que la salvan de la ruina. También expulsan a las familias «de caridad» que vivían en la zona del Mexuar.

En 1832 se acometieron las obras de reparación necesarias para la visita de los infantes Francisco de Paula de Borbón, hijo de Carlos IV y hermano de Fernando VII, y su mujer Luisa Carlota, encargando al pintor y escenógrafo Luis Muriel que haga una arquitectura efímera con decoración simulada claramente inmersa en la corriente orientalista, que gustó a los infantes.

Hacemos referencia a un detalle curioso que gustará sin duda a los lectores. En esta etapa unos artistas italianos sacan moldes de las yeserías de la Alhambra, y después en 1837, siendo gobernador Juan Parejo, unos artistas franceses piden permiso para sacar moldes de las yeserías del patio de los Leones, y se les conceden a cambio de que repongan algunas yeserías que faltan, pero lo más importantes es que dieron la fórmula de la «pasta» de la yesería, que no se conocía en España.

De los arquitectos de la Alhambra en este periodo el profesor Barrios Aguilera hace una dura crítica, creemos que con razón por su preocupación casi estrictamente ligada a los ornatos y no a los problemas estructurales, mucho más importantes. Es el momento de los «arquitectos adornistas»: José Contreras Osorio el iniciador de la saga familiar, Salvador Amador, y Rafael Contreras Muñoz. Desde el Real Patrimonio se critica severamente sus proyectos por los arquitectos Narciso Pascual y Colomer y Juan Pedro Ayegui y no se les permite ejecutarlos como ellos quieren derribando y construyendo de nuevo. Curiosamente serán los maestros mayores Antonio López Lara y Francisco Contreras Osorio los encargados de hacer una buena consolidación en la Casa Real. Como dice el profesor Barrios Rozúa, Rafael Contreras es una de esas personas que «si en algo fueron hábiles fue en labrase un perfil biográfico más brillante de lo que su trayectoria justificaba».

El Tercer Capítulo trata sobre obras y reparaciones en la Alcazaba y Murallas. Hace el autor una comparación oportuna entre el destino de Carcassonne y la Alhambra como ciudadelas militares, su destrucción y su recuperación. En la Alhambra la ocupación francesa había destruido la Alcazaba, y torres y murallas del resto de la medina sobre todo el paño meridional: torre del Agua, puerta de Siete Suelos, etc. Los cuarteles situados en las caballerizas de la Alcazaba, en planta alta y baja, estaban en ruina, y una vez que el general Ballesteros con las tropas regulares que habían tomado la Alhambra la abandonan, se hace cargo de nuevo el Cuerpo de Inválidos que se tiene que alojar en habitaciones también ruinosas en la torre de la Vela. A partir de 1814 el gobernador Ignacio Montilla pide fondos para su reparación pero no se hacen las obras. Además en la torre de del Homenaje se situaba el presidio militar que estaba también en ruina. Después del terremoto de 1818 se reparó por fin en parte el cuartel de la Alcazaba, y algunas torres del paño sur.

Durante el mandato del gobernador Francisco de Sales un grave problema surge en 1831 y es la caída de la muralla en el lado oriental de la torre del Peinador hasta el Partal, como vemos en grabados como los de David Robert (1833), que se repara en los años siguientes por José Contreras y Antonio López Lara.

Como datos curiosos hacemos referencia a las aspilleras situadas durante la primera Guerra Carlista (1833-1839) sobre la derruida muralla sur de la medina, como vemos en grabados de Chapuy & Bayot (1844), y el cambio de ubicación en 1838 por el maestro de obras José de Salas de la campana de la torre de la Vela por problemas estructurales de la torre.

El Cuarto Capítulo 4 es exclusivo sobre el tratamiento que tuvo al Palacio de Carlos V en este periodo. Durante el reinado de José I el palacio cristiano se convierte en depósito de pólvora y así seguirá siéndolo bajo el mandato del general Ballesteros, y posteriormente. En este tiempo

el deterioro del palacio carolino fue tremendo, utilizando sus maderas para hacer fuego ennegreciendo bóvedas y dejando los restos de cañones franceses inservibles en medio. Y aunque hubo reiteradas protestas de los gobernadores militares de la Alhambra por el grave peligro que suponía el polvorín para los edificios, pero también para los vecinos del barrio, no se desalojó hasta 1832 gracias al gobernador Francisco de Sales Serna. Por desgracia son robadas muchas de las aldabas de bronce con caras de león y águila y unas antorchas de la fachada del palacio que se habían guardado por el expolio que ya había comenzado en el siglo XVIII. En 1849 el duque de Montpensier piensa terminar el palacio para instalarse con su familia, pero el proyecto era complejo y caro, y finalmente desecha esa idea. El palacio se terminará en casi su totalidad en la etapa de Leopoldo Torres Balbás (1923-1936), y Francisco Prieto-Moreno le coloca el techo de la galería alta en la década de 1950.

El Quinto Capítulo versa sobre el estado de conservación del Convento de San Francisco y sus vicisitudes. Fue cuartel durante la Guerra de Independencia y recuperado a finales de 1813 por los frailes franciscanos, su estado era deplorable tanto en las edificaciones como en su huertas, la industria de trajes talares para otros conventos nunca más fue puesta en marcha, e incluso las campanas habían sido fundidas. Se funde un cañón francés y hacen nuevas campanas y comienzan la reparación. Pero en el Trienio Liberal la legislación desamortizadora los obliga a mudarse al convento de San Francisco Casa Grande en la ciudad. En 1823 la huerta de San Francisco se subastó y fue adquirida por José Guzmán, y a su vez el ejército regular pensó en convertir el convento en cuartel, pero nunca se hizo por los altos costes. Es recuperado brevemente por los frailes, para convertirse en 1836 en Brigada de Artillería al ser considerado estratégico en la Guerra Carlista. Es subastado después y adquirido por un particular que nunca tomó posesión efectiva del convento. Estas vicisitudes lo llevan a tal estado de ruina que Rafael Contreras y otros opinaban que debía ser derribado para evitar peligros. Como bien recuerda el profesor Barrios Rozúa el convento se salvó gracias a la profesionalidad del arquitecto Leopoldo Torres Balbás que lo repara entre 1927 y 1929, aunque el propio *Plan de Conservación de la Alhambra* (1918) de Ricardo Vélazquez Bosco también permitía su derribo.

El Sexto Capítulo lo dedica al Barrio, las casas y sus habitantes. Surgió a finales del siglo XV por petición de Hernando de Zafra, para que civiles poblaran la Alhambra. En la etapa de ocupación francesa sus habitantes bajan a Granada y vuelven a recuperarlo en parte de 1813 a 1815, aunque el estado de algunas casas lleva a abandonarlas y reaprovechar sus materiales. Hace el profesor Barrios Rozúa un estudio sobre sus habitantes, su distribución y evolución demográfica. La Alhambra fue lugar seguro porque se cerró con sus moradores durante las epidemias de cólera morbo que comienzan en 1834 en Granada, donde parece que causó miles de muertos.

Hace un repaso por los viajeros románticos que visitaron y vivieron en la Alhambra acompañados por guías locales como Mateo Jiménez. Recuerda a Washington Irvin, Richard Ford, Owen Jones y su compañero Jules Goury, que murió porque se infectó de cólera al bajar a Granada, y muchos otros. Pero finalmente el barrio es abandonado y sus habitantes se trasladan a Granada al convertirse la Alhambra en «monumento», donde ante todo triunfa su conservación.

Y en el Séptimo Capítulo repasa las reparaciones realizadas en los Paseos y el Bosque. Como los demás sectores de la Alhambra los paseos y alamedas sufrieron mucho en la etapa de la ocupación francesa, y desde 1814 se hacen talas de árboles, muchas indiscriminadas, por motivos económicos, y lo que es más grave sin permiso real. Desde 1830 las alamedas comienzan a estructurarse con tres paseos, uno central y dos laterales, y se ensanchan y se consolidan en

1832 para la visita de los infantes Francisco de Paula de Borbón y su mujer Luisa Carlota, que ya hemos citado. Un huracán en 1837 destroza muchos árboles.

Las Conclusiones las elabora en el Capítulo 8, y vuelve a incidir en aquellos aspectos destacados de la etapa romántica alhambreña y su perjudicial restauración adornista encabezada por la familia Contreras.

A continuación aparecen todas las Notas reunidas, en vez de a pie de página, lo que facilita la lectura ininterrumpida para el público en general, y permite a los interesados y especialistas consultar fuentes y referencias.

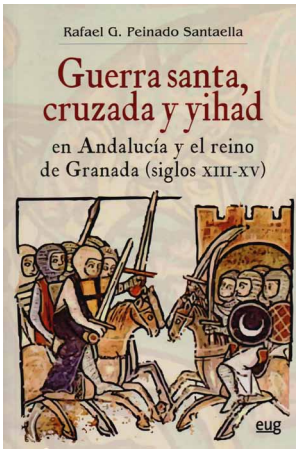
También ha hecho al final una serie de epígrafes dedicados más a la consulta ágil y útil para los investigadores: Cronología de las intervenciones en los distintos ámbitos de la Alhambra, Bibliografía, y los índices de edificios y lugares, y onomástico.

Esta obra la hemos leído y analizado con entusiasmo porque su escritura y contenido son muy atrayentes. Terminamos esta reseña felicitando, otra vez, al profesor Juan Manuel Barrios Rozúa por este extraordinario libro de referencia obligada para comprender la restauración romántica de la Alhambra.

## Rafael G. Peinado Santaella
## *Guerra santa, cruzada y yihad en Andalucía y el reino de Granada (siglos XIII-XV)*

Editorial Universidad de Granada, Granada, 2017, 240 pág. ISBN: 978-84-338-5956-3

Francisco García Fitz




Desde hace décadas la historia de las ideologías y de las mentalidades, surgida de las propuestas realizadas por diversos autores vinculados a la escuela de *Annales* durante los años setenta de pasado siglo, ha abierto un hueco importante en la historiografía hispánica en general, y en la producción medievalística en particular. Ciertamente quizás no sea ésta la línea de investigación que haya recibido una mayor atención por parte de los medievalistas ibéricos, pero los estudios no escasean y en ocasiones sus resultados han sido relevantes.

Quizás por ello es llamativo lo tardío que resulta, en el marco de este panorama historiográfico, la aparición de análisis monográficos sobre lo que podríamos denominar «la ideología de la guerra», esto es, sobre el conjunto de argumentos, representaciones e ideas creadas y promovidas por las monar-